

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 7. 21 de julio 1984

SUMARIO

Alas de cisne para Dobumba, por Francisco Payo (pág. 1)
Mi libro favorito, por Enrique Trogal (pág. II)
La Mantis religiosa, por Gonzalo Payo (pág. III)
Comics: Al otro lado del universo, por F. Blázquez (pág. IV)

Dos Payos en "La Mujer Barbuda"

Hoy se cuelan y se enredan en las cuidadas barbas de "La Mujer Barbuda" dos payos de cuidado. Los dos son suficientemente conocidos en estos recintos imperiales. Los dos tienen buen talante, buena leche y... muy fructífero oficio. Francisco (Payo núm. 1) nos deleita con un párrafo-salsa, muy veraniego, de

impecable factura, totalmente en consonancia con la calidad de la ya, copiosa obra, de su autor. Gonzalo (Payo núm. 2) inserta su "mágico" cuento "La mantis religiosa" en la sonada y oportuna sección "Los folletines de La Voz del Tajo".

Alas de cisne para Dobumba

Pegaba sellos. Internacionales. Con un pegamento vinílico, no tóxico, pegaba sellos multicolores y distintos unos de otros. Primero uno de Katar. —Es precioso, Felicia. Felicia, temblándole el pulso, un pito muy fino en la garganta, arrastraba un bonito sofá estampado. Luego un segundo de Burundi.

—Este es un sello importante. Los coleccionistas viscerales asestaban sólo por contemplarlo junto a una palmera, en una noche tropical.

Felicia se esforzaba por colocar el sofá en el centro de la sombra triangular del cedro.

El tercer sello se había originado en Maldivia.

—¡Bonito de verdad, Felicia! ¡Míralo! ¡Sensibilízate! ¡Que

tu cuerpo se cimbre por la emoción del instante!

Felicia volcó en el aire una extraña sonrisa, movió, contoneándose, las caderas, entró en la vivienda y segundos después retornó al jardín haciendo rodar una alfombra enrollada que, trabajosamente, extendió a los pies del sofá: sobre un lecho de hierbas tibias.

—Muy rica esta horchata, mi amor. ¡Tu horchata!

Un decilitro de sudor se desprendió bruscamente de entre los cabellos de Felicia, y mojó su nariz, y le saltó por los labios, y recorrió el tubo blando de su cuello, y, finalmente, formó un charquito caliente en un milagroso hueco de su sujetador bis, por lo de dos.

—¡Qué sensación más delirante!



—¿Te diviertes, carnes mías?
—Una lengua de tacto erótico ha humectado mis pechos, que son tuyos.
—Que son míos.

—Por siempre. ¡Me haces cosquillas! ¡Ráscame!
—La China Nacionalista.
—Morboso.
—Se me ha perdido el sello de la China Nacionalista.
—Yo no lo tengo.
—¡Jurámelo!
—Regístrame.

Y en menos tiempo que el dedicado a decir "galvanizador-mundicolor", Felicia dejó caer el vestido y ropa interior sobre un círculo de césped añejo.

—¡Tápate esas carnes sexuales!
—Imaginate monja del siglo XVI.

—¡Quiero mi China Nacionalista!
—Permíto que me zahieras con tu disciplina.
—¡Necesito mi sello!
Gritaba y gritaba Amaro, su-

(Pasa a la Pág. 11)